



Michel Tardieu es un experimentado hombre del vino que no ha dudado en invertir en el Priorato. A la izquierda, Álvaro Palacios.

La buena nueva llegó a Nueva York antes que a Madrid y casi al mismo tiempo que a Barcelona. La presentación del vino L'Ermita de Álvaro Palacios en la ciudad de Manhattan a mediados de los noventa, en plena euforia hedonista, postmoderna y cosmopolita de vísperas del milenio, fue un aldabonazo casi comparable a las exposiciones de Dalí en el MOMA en los años cincuenta, o a aquel famoso aterrizaje en el Empire State del Pesquera de Alejandro Fernández. No es de extrañar que, desde entonces, este vino, para cuya cata había una rigurosa lista de espera, se alzara con el título entonces tanpreciado del “más caro de España” (en torno a las 60.000 pts. de entonces, luego casi los 500 euros) hasta que fue superado por el todavía más escurridizo Pingus de Peter Sisseck.

La afortunada coincidencia del despegue vinícola del Priorat con los dichosos años del “milagro” vitivinícola español y con la expansión mundial del mercado vinícola, llevó sus vinos hasta los primeros puestos de los rankings de la crítica internacional. Reportajes en la prensa especializada de todo el mundo llamaron la atención sobre el nuevo suceso enológico en un pequeño y olvidado rincón entre el Ebro y la costa mediterránea. Muy pronto, algunos de los más inquietos y arriesgados *flying wine makers* aterrizaron entre los pedregosos barrancos para buscar el terruño soñado para un vino difícil y excepcional. Y también (inevitable tributo a la era mediática) llegaron los famosos, actores, cantantes, que buscaban sinceramente o “por necesidades del guión” un lugar donde encontrarse con la naturaleza y con una dedicación rural ennoblecida por la cultura urbanita del siglo XXI. Lluís Llach, Joan Manuel Serrat, Gérard Depardieu, entre otros, apostaron brevemente o con un compromiso más firme y duradero (caso de los dos primeros) por las viñas y el vino del Priorato.

Con menos ruido, pero con un impacto más profundo entraron en liza muchas grandes empresas bodegueras, sobre todo catalanas. Parcelas abandonadas o reconvertidas del olivo o los almendros, viñas de antiguos viticultores emigrados o incluso antiguas empresas elaboradoras incapaces de adaptarse a los nuevos tiempos, fueron cortejadas, sometidas a escrutinio y finalmente adquiridas por grandes firmas como Codorníu, Torres, Perelada, Freixenet u otros. Las laderas de Gratallops, de Torroja, de Porrera o de Bellmunt, se llenaron de grúas y excavadoras que allanaban el terreno para las nuevas explotaciones vitícolas, ante la alarma o la esperanza de los vecinos de siempre.

